

La máscara

CAMILA.— Caballero, debería quitarse la máscara.

EXTRAÑO.— ¿En serio?

CASILDA.— Sí, ya es hora. Todos nos la hemos quitado, excepto usted.

EXTRAÑO.— Yo no llevo máscara.

CAMILA.— (Aterrada, aparte a Casilda). ¿Sin máscara? ¡Sin máscara!

El Rey de Amarillo

Acto I, escena ii

I

Aunque no sabía nada de química, escuché fascinado. Cogió un lirio de Pascua que Geneviève había traído esa mañana de Notre Dame y lo dejó caer en la palangana. Al instante, el líquido perdió su claridad cristalina. Durante un segundo, el lirio estuvo envuelto en una espuma de color blanco lechoso, que desapareció dejando el fluido opalescente. Tintes cambiantes de naranja y carmesí jugaron sobre la superficie, y luego lo que parecía ser un rayo de pura luz solar atravesó el fondo, donde descansaba el lirio. En ese mismo momento, metió la mano en la palangana y sacó la flor.

—No hay peligro —explicó—, si eliges el momento adecuado. Ese rayo dorado es la señal.

Me ofreció el lirio y lo tomé en mi mano. Se había convertido en piedra, en el mármol más puro.

—Como puedes ver, es perfecto —dijo—. ¿Qué escultor podría reproducir algo así?

El mármol era blanco como la nieve, pero en sus profundidades las venas del lirio estaban teñidas de un azul pálido, y un leve rubor persistía en su corazón.

—No me preguntes por qué —sonrió al notar mi asombro—. No tengo ni idea de por qué las venas y el corazón están teñidos, pero siempre lo están. Ayer probé con uno de los peces dorados de Geneviève, ahí está.

El pez parecía esculpido en mármol. Pero si lo sostenías a la luz, la piedra parecía estar bellamente vetada de un azul tenue y de algún lugar del interior emanaba una luz rosada como el tinte que duerme en un ópalo. Miré la palangana. Una vez más estaba llena del cristal más claro.

—¿Y si lo toco ahora? —pregunté.

—No lo sé —respondió—, pero mejor no lo intentes.

—Hay una cosa que me tiene intrigado —dije—, ¿de dónde salió el rayo de sol?

—Parecía un rayo de sol, es cierto —dijo—. No lo sé, siempre aparece cuando sumerjo cualquier ser vivo. Tal vez —continuó sonriendo—, tal vez sea la chispa vital de la criatura que escapa a la fuente de la que alguna vez vino.

Vi que se burlaba y lo amenacé con una espátula, pero solo se rio y cambió de tema.

—Quédate a comer. Geneviève llegará enseguida.

—La vi ir a misa temprano —dije—, y se veía tan fresca y dulce como ese lirio, antes de que lo destruyeras.

—¿Crees que lo destruí? —dijo Boris con seriedad.

—Destruir... preservar... llámalo como quieras.

Nos sentamos en un rincón del estudio, cerca de su escultura inacabada de las Moiras. Se recostó en el sofá, girando un cincel de escultor y entrecerrando los ojos para observar su trabajo.

—Por cierto —dijo—, he terminado de retocar esa antigua *Ariadna* académica, y supongo que tendrá que ir al Salón. Es todo lo que tengo listo este año, pero después del éxito que me trajo la *Madonna*, me da vergüenza presentar algo así.

La Madonna, un exquisito mármol para el que había posado Geneviève, había causado sensación en el Salón del año anterior. Observé la *Ariadna*. Era una magnífica pieza de trabajo técnico, pero coincidí con Boris en que el mundo esperaba algo mejor de él. Sin embargo, ahora era imposible pensar en terminar a tiempo para el Salón ese espléndido y terrible grupo medio envuelto en el mármol a mis espaldas. *Las Moiras* tendrían que esperar.

Nos sentíamos orgullosos de Boris Yvain. Lo considerábamos uno de los nuestros, y él nos correspondía por haber nacido en Estados Unidos, aunque su padre era francés y su madre rusa. En la Escuela de Bellas Artes, todos lo llamaban Boris. Sin embargo, solo había dos personas a las que se dirigía con la misma familiaridad: Jack Scott y yo.

Tal vez mis sentimientos por Geneviève influyeran en su manera de tratarme. Nunca lo reconocimos abiertamente entre nosotros. Sin embargo, después de que todo se aclarara y ella, con lágrimas en los ojos, me confesara que amaba a Boris, fui a su casa a felicitarlo. La perfecta cordialidad de aquel encuentro no engañó a ninguno de los dos —o eso siempre creí—, aunque para uno de nosotros fue un gran consuelo. No creo que él y Geneviève hablaran del tema cuando estaban juntos, pero Boris lo sabía.

Geneviève era encantadora. La pureza de su rostro, similar a la de una Virgen, parecía inspirada por el *Sanctus* de la Misa de Gounod. Sin embargo, siempre me alegraba cuando cambiaba ese estado de ánimo por lo que llamábamos sus «maniobras de abril». Era tan cambiante como un día de abril: por la mañana, grave, digna y dulce; al mediodía, risueña y caprichosa; por la tarde, lo más inesperado. La prefería así, en esa inconstancia que agitaba las profundidades de mi corazón, más que en la serenidad virginal que también poseía. Estaba soñando con Geneviève cuando volvió a hablar.

—¿Qué opinas de mi descubrimiento, Alec?

—Creo que es maravilloso.

—No lo usaré más allá de satisfacer mi propia curiosidad en la medida de lo posible, y el secreto morirá conmigo.

—Sería un golpe bastante duro para la escultura, ¿no? Los pintores perdemos más de lo que ganamos con la fotografía.

Boris asintió, jugueteando con el borde del cincel.

—Este nuevo y perverso descubrimiento corrompería el mundo del arte. No, nunca le confiaré el secreto a nadie —dijo lentamente.

Sería difícil encontrar a alguien menos informado sobre estos fenómenos que yo; pero, por supuesto, había oído hablar de manantiales minerales tan saturados de sílice que las hojas y ramitas que caían en ellos se convertían en piedra con el tiempo.

Comprendía vagamente el proceso: cómo la sílice reemplazaba la materia vegetal, átomo por átomo, resultando en un duplicado de piedra del objeto. Confieso que esto nunca me había interesado mucho; los antiguos fósiles producidos de esta forma era algo que me desagradaba. Boris, al parecer, sintiendo curiosidad en lugar de repugnancia, había inves-

tigado el tema y había tropezado accidentalmente con una solución que, atacando el objeto sumergido con una ferocidad inaudita, hacía en un segundo el trabajo de años. Esto era todo lo que pude entender de la extraña historia que acababa de contarme.

Volvió a hablar después de un largo silencio.

—Me asusta pensar en lo que he descubierto. Los científicos se volverían locos con este hallazgo. Además, era tan simple que se descubrió solo. Cuando pienso en esa fórmula y en ese nuevo elemento precipitado en escamas metálicas...

—¿Qué nuevo elemento?

—No he pensado en ponerle nombre, y no creo que lo haga nunca. Ya hay suficientes metales preciosos en el mundo por los que pelearse.

Agucé el oído.

—¿Has encontrado oro, Boris?

—No, algo mejor. Pero mira, Alec —se echó a reír, levantándose—. Tú y yo tenemos todo lo que necesitamos en este mundo. ¡Qué expresión de avaricia se dibuja en tu rostro!

Yo también me reí y le dije que me devoraba el deseo de oro, y que mejor habláramos de otra cosa; así que cuando Geneviève entró poco después, ya habíamos dejado atrás la alquimia.

Geneviève iba vestida de gris plateado de pies a cabeza. La luz brillaba a lo largo de las suaves curvas de su rubio cabello mientras ofrecía su mejilla a Boris; luego me vio y me saludó. Nunca antes había dejado de lanzarme un beso desde la punta de sus dedos blancos, y me quejé rápidamente de la omisión. Sonrió y me tendió la mano, que cayó casi antes de haber tocado la mía; luego dijo, mirando a Boris:

—Pídele a Alec que se quede a almorzar.

Esto también era algo nuevo. Siempre me lo había pedido ella hasta hoy.

—Se lo he dicho —dijo Boris secamente.

—Y dijiste que sí, ¿verdad?

Se volvió hacia mí con una sonrisa convencional y encantadora. Podría haber sido un conocido de hace dos días. Le hice una profunda reverencia. «*J'avais bien l'honneur, madame*», pero negándose a seguir con nuestro habitual tono de broma, murmuró una frase cortés y desapareció.

Boris y yo nos miramos el uno al otro.

—Será mejor que me vaya a casa, ¿no crees? —pregunté.

—No tengo ni idea —respondió con franqueza.

Mientras debatíamos la conveniencia de mi partida, Geneviève reapareció en la puerta sin su sombrero. Estaba increíblemente hermosa, pero su rostro estaba demasiado sonrojado y sus preciosos ojos demasiado brillantes. Se acercó directamente a mí y me cogió del brazo.

—La comida está lista. ¿He sido borde, Alec? Pensaba que me dolía la cabeza, pero no es así. Ven aquí, Boris —y deslizó su otro brazo por el de él—. Alec sabe que después de ti no hay nadie en el mundo a quien quiera tanto como a él, así que si a veces se siente desairado no le hará daño.

—*À la bonheur!* —exclamé—. ¿Quién dice que no hay tormentas en abril?

—¿Listos? —canturreó Boris—. ¡Listos! —y cogidos del brazo corrimos al comedor, escandalizando a los sirvientes. Después de todo, no teníamos tanta culpa; Geneviève tenía dieciocho años, Boris veintitrés y yo no llegaba a los veintiuno.

II

En aquel tiempo, estaba ocupado con las decoraciones para el *boudoir*⁵ de Geneviève, lo que me mantenía constantemente en el pintoresco hotel de la rue Sainte-Cécile. Boris y yo trabajábamos arduamente en aquellos días, pero a nuestra manera, de forma intermitente, y los tres, junto con Jack Scott, pasábamos mucho tiempo holgazaneando juntos.

Una tranquila tarde, había estado vagando solo por la casa, examinando curiosidades, figoneando en rincones extraños, sacando golosinas y cigarros de escondites inimaginables, hasta que finalmente me detuve en el baño. Boris, cubierto de arcilla, estaba allí, lavándose las manos. La habitación estaba construida de mármol rosado, excepto el suelo, que estaba teselado en rosa y gris. En el centro había una piscina cuadrada hundida por debajo del nivel del suelo; unos escalones conducían a ella y unos pilares esculpidos sostenían un techo con frescos. Un delicioso Cupido de mármol parecía haberse posado en su pedestal en el extremo superior de la habitación. Todo el interior era obra de Boris y mía. Boris, vestido con su ropa de trabajo de lona blanca, se quitaba los rastros de arcilla y cera de modelar roja de sus bellas manos, coqueteando mientras miraba por encima del hombro al Cupido.

—Te veo —insistió—, no trates de disimular y pretender que no me ves. Sabes quién te hizo, pequeño farsante.

Siempre era mi «papel» interpretar los sentimientos de Cupido en estas conversaciones, y cuando llegó mi turno, respondí de tal manera que Boris me agarró del brazo y me arrastró hacia la piscina, declarando que me iba a zambullir.

5. Pequeña habitación dedicada a las conversaciones femeninas íntimas y situada entre el comedor y el dormitorio de una vivienda.

Al instante siguiente, soltó mi brazo y se puso pálido. «¡Dios mío! —dijo—, olvidé que la piscina está llena de ese líquido!». Me estremecí un poco y le aconsejé tajantemente que recordara mejor dónde había guardado el precioso líquido.

—¿En el nombre del cielo, por qué tienes un pequeño lago de esa cosa tan horrible precisamente aquí? —pregunté.

—Quiero experimentar con algo grande —respondió.

—¿Conmigo, por ejemplo?

—Era solo una broma de mal gusto, pero sí quiero observar la acción de esa solución en un cuerpo vivo más altamente organizado; está ese gran conejo blanco —dijo, siguiéndome al estudio.

Jack Scott, con una chaqueta manchada de pintura, entró deambulando, se apropió de todos los dulces orientales que pudo encontrar, saqueó la pitillera y finalmente él y Boris desaparecieron juntos para visitar la Galería de Luxemburgo, donde un nuevo bronce plateado de Rodin y un paisaje de Monet reclamaban la exclusiva atención de la Francia artística. Volví al estudio y reanudé mi trabajo. Era un biombo renacentista, que Boris quería que pintara para el tocador de Geneviève. Pero el niño pequeño que se paseaba de mala gana por una serie de poses para él, hoy se negaba a aceptar sobornos para portarse bien. No descansaba un instante en la misma posición, y en cinco minutos tenía otros tantos perfiles diferentes del pequeño mendigo.

—¿Estás posando o estás bailando, amigo mío? —pregunté.

—Lo que le plazca a *monsieur* —respondió con una sonrisa angelical.

Por supuesto, le dije que era suficiente por el día de hoy y, por supuesto, le pagué la jornada completa, así es como consentimos a nuestros modelos.

Después de que el pequeño diablillo se fuera, hice unos cuantos brochazos mecánicos en mi trabajo, pero estaba tan de mal humor que me pasé el resto de la tarde intentando arreglar el desastre que había causado. Al final, limpié mi paleta, metí los pinceles en un cuenco con jabón negro y me dirigí a la sala de fumar.

Creo sinceramente que, exceptuando los aposentos de Geneviève, ninguna otra habitación de la casa estaba tan libre del aroma a tabaco como esta. Era un curioso caos de objetos dispares, con las paredes cubiertas de tapices raídos. Junto a la ventana descansaba una vieja espineta de dulce sonido, bien conservada. Había también estantes con armas, algunas antiguas y deslustradas, otras modernas y relucientes, festones de armaduras indias y turcas sobre la repisa de la chimenea, un par de buenos cuadros y un soporte para pipas. Era aquí donde solíamos venir en busca de nuevas sensaciones al fumar. Dudo que existiera algún tipo de pipa que no estuviera representada en aquel soporte. Una vez elegida, nos la llevábamos a otro lugar para fumar, ya que la sala, en general, resultaba más lúgubre y menos acogedora que cualquier otra de la casa. Pero esa tarde, la luz del crepúsculo era muy relajante, las alfombras y pieles del suelo se veían mullidas y daban sensación de calidez; el gran sofá estaba lleno de cojines... Encontré mi pipa y me acurruqué allí para darme un inusual festín de tabaco en la sala de fumar. Había elegido una con una boquilla larga y flexible, y tras encenderla, me dejé llevar por los sueños.

Al cabo de un rato, la pipa se apagó, pero no me moví. Continué soñando y poco después me quedé dormido. Desperté con la música más triste que jamás había escuchado. La habitación estaba completamente oscura, no tenía idea de

la hora que era. Un rayo plateado de luz de luna iluminaba uno de los bordes de la antigua espineta y la madera pulida parecía exhalar los sonidos como el perfume que se eleva sobre una caja de sándalo.

Alguien se levantó en la oscuridad y se alejó llorando en silencio. Fui lo bastante tonto como para gritar: «¡Geneviève!». Se desplomó al escuchar mi voz, y tuve tiempo de maldecirme mientras encendía una luz e intentaba levantarla del suelo. Se apartó con un murmullo de dolor.

Estaba muy callada y preguntó por Boris. La llevé al diván y fui a buscarlo, pero no estaba en casa y los sirvientes ya se habían retirado a dormir. Perplejo y ansioso, me apresuré a volver con Geneviève. Yacía donde la había dejado, con un aspecto muy pálido.

—No encuentro a Boris ni a ninguno de los sirvientes —dije.

—Lo sé —respondió débilmente—, Boris se ha ido a Ept con el señor Scott. No me acordé cuando te envié a buscarlo hace un momento.

—Pero en ese caso no podrá volver hasta mañana por la tarde, y... ¿estás herida? ¿Te has caído por mi culpa? Qué idiota soy... Estaba medio dormido...

—Boris pensó que te habías ido a casa antes de cenar. Por favor, discúlpanos por dejarte aquí todo este tiempo.

—Me quedé dormido —me reí—, tan profundamente que no sabía si seguía dormido o no cuando me encontré mirando una figura que se movía hacia mí y grité tu nombre. ¿Estuviste tocando la antigua espineta? Debió de haber sido suave.

Contaría mil mentiras más, y peores que esa, solo para ver la expresión de alivio que apareció en su rostro. Sonrió adorablemente y dijo con su voz natural:

—Alec, me tropecé con esa cabeza de lobo y creo que me he torcido el tobillo. Por favor, llama a Marie y luego vete a casa. Hice lo que me pidió y la dejé allí cuando entró la criada.

III

Al mediodía siguiente, cuando pasé por casa de Boris, lo encontré inquieto, dando vueltas por el estudio.

—Geneviève está durmiendo ahora —me dijo—. El esguince no es nada, pero ¿por qué tiene tanta fiebre? El médico no sabe explicarlo... o no quiere —murmuró.

—¿Geneviève tiene fiebre? —pregunté, alarmado.

—Sí, y ha estado un poco ida toda la noche. ¡Qué cosas dice! La alegre Geneviève, siempre despreocupada, ahora repite que tiene el corazón roto y que se quiere morir.

Se me encogió el corazón.

Boris se apoyó en el marco de la puerta, cabizbajo, con las manos en los bolsillos. Sus ojos, normalmente amables y penetrantes, estaban nublados, y una nueva arruga de preocupación surcaba su boca siempre sonriente. La criada tenía órdenes de avisarle en cuanto Geneviève despertara. Esperamos y esperamos, y Boris, cada vez más inquieto, no paraba de moverse, jugueteando con cera y arcilla. De repente, se dirigió a la habitación contigua.

—¡Ven a ver mi baño rosa lleno de muerte! —exclamó.

—¿De muerte? —repetí, intrigado por su tono.

—Supongo que no estás preparado para llamarlo «vida» —respondió. Mientras hablaba, sacó un pez dorado solitario